

Cortomontel suspiró hondamente y corriendo hacia la viña reunió en un momento los harapos que constituían su partida y su fortuna, y regresando enseguida se encaramó al puesto que acababan de indicarle.

Entonces el trotón con cola de mulo rompió la marcha á través las tierras labradas en dirección de San Sulpicio, seguido de cerca por el corcel de Bernardo y acompañado de los alegres ladridos de Diógenes que corría de una á otra montura sin saber á cuál de ambas acordar la preferencia.

Ya en marcha, hizose el caballero explicar minuciosamente el emplazamiento del hotel, su topografía exterior y edificios que le rodeaban. Y luego que estuvo enterado de cuanto le interesaba saber, sujetó el rendaje de su caballo árabe, hasta quedarse algo atrás, con objeto de meditar á sus anchas acerca de lo que le convenía hacer para ver de nuevo á Solange.

Hubiera jurado el caballero que sólo en ella pensaba. Y sin embargo, ¡cosa extraña! cada vez que cerraba los párpados para no ver nada que no fuese el adorado semblante de la señorita de Villanueva-Marsan, he aquí que entre su pensamiento y la imagen evocada llegaba á interponerse otra imagen, otro semblante menos altivo, aunque no menos bello. Hacía entonces Bernardo grandes esfuerzos para relegarlo á segundo término, para ver tan sólo á su amada con el pensamiento... Imposible. La blonda visión de Glorieta empañaba, turbándola naturalmente, la limpidez de la visión morena de Solange.

III

LA CASA DE LAS MIÑONAS

En la parte alta del arrabal que habíase formado en torno de la abadía de San Martín de extra-muros, y en la orilla del Sena que daba frente á la Puerta Nueva, en el cuadrilátero, poco más ó menos, que forman hoy el muelle Voltaire y las calles de Beaume, de Verneuil y de Saints-Pères, alzábanse, uno frente al otro, dos edificios de construcción muy diferente, la semejanza de los cuales resaltaba aún más por efecto de hallarse tan inmediatos.

El primero de ellos, el que se encontraba en contacto casi inmediato con el paseo llamado Prado de los Clérigos, afectaba, por su arquitectura árabe, el conocido aspecto de ciertas casas andaluzas, vestigios de la dominación de los moros en España. Su fachada, de que era preciado ornamento una columnata cimbrada y rebajada, abríase, por medio de cinco arcos, frente al palacio de las Tejerías.

En el interior de este edificio, las habitaciones, adornadas con divanes, taburetes y esterillas según el gusto oriental, se agrupaban en torno á un patio que más que tal era un jardín, quedando sólo en la parte posterior dos grandes salones lujosamente tapizados, parte de cuyas ventanas daban al patio mientras que las del lado opuesto abrían bajo un sobradillo que terminaba la construcción y que se destinaba á cobijar las sillas de manos ó las cabalgaduras de la alegre ó batalladora clientela que se daba cita en aquel sitio.

Los estudiantes de la Universidad, para burlarse de las costumbres italianas de que hacían gala el rey y sus favoritos, hubieron de bautizar aquel sitio, que era algo así como un discreto asilo de placeres, con el título de *Casa de las miñonas*, título que no le pareció mal á madama Mirtilla, propietaria de la hospitalaria casa, como tampoco le parecía mal que la llamasen á ella *la Pulpa*. Este remoquete le fué adjudicado tanto porque caracterizaba sus vergonzosas combinaciones de tercera, pues especulaba con las relaciones que lograba establecer entre los grandes señores ó los financieros rijosos y las grisetas faltas de recursos, cuánto porque sintetizaba el aspecto gelatinoso de sus pretéritos encantos.

Nadie conocía nada del pasado misterioso de la Pulpa; sin embargo, era voz y fama que disfrutaba de desahogada posición.

Así podía ser en efecto, si se tiene en cuenta que su doble oficio de proveedora, y de espía del Prevostazgo era sumamente productivo. Además, gracias á esta

combinación podía creerse la interesante dama á cubierto de una intempestiva clausura de su lucrativo establecimiento.

Una plaza rectangular, un terraplén mejor dicho, separaba la fachada posterior de la casa de las miñonas de un portal majestuoso flanqueado de alto muro de cerca por encima del cual, y del otro lado de un patio de honor, perfilábase la imponente masa de un hotel principesco.

Dicho hotel, que sólo algunos custodios habían habitado durante muy cerca de diez años, y en la fachada del cual advertíase ahora el reflejo de las luces, era la casa solariega de la familia de Villanueva-Marsan, como lo proclamaba la orgullosa empresa del gran marqués « Después de ti, Marsan » esculpida en la piedra de la albardilla del portal, debajo del nobiliario escudo.

La señora marquesa, levantado su destierro, acababa de reintegrarse á su casa solariega en compañía de la señorita Solange, su hija, de Cortansio, viejo escudero, y de una nueva dama de aire altivo y desdeñoso, llamada miss Huming.

Para terminar la descripción topográfica de este extremo límite del arrabal de San Germán, en el que han de desarrollarse algunas de las escenas capitales del presente relato, digamos aún que el cercado del hotel abarcaba un espacio inmenso y de forma casi regular, limitado al oeste por el Prado de los Clérigos, al mediodía por un lavadero inmediato á los terrenos reservados para celebración de la feria anual, y al este por el establecimiento de que era propietaria la Pulpa.

Podían ser como las once de la noche. El caballero Bernardo de Arma, el defensor de las damas y seguidor impenitente, el batallador endiablado, el gallardo mancebo en fin que ya conocemos, llevaba dos horas apoyado en una de las vigas de roble que servían de sostén al sobradillo situado en la parte posterior de la casa de las miñonas.

¿Qué hacía allí?

Nada importante. Sin embargo, concedía sin duda sostenida atención á algún trabajo en el que sólo sus facultades anímicas se hallaban en actividad.

Desde que llegara al lugar en que le encontramos, allí había permanecido inmóvil, sin desviarse siquiera una línea del sitio por él elegido.

¿Quiere esto decir que el objeto del largo viaje del joven era aquel terraplén guarnecido de hierba rala, seca en determinados sitios, como si la hubiese atacado la terrible lepra?

Tal vez. Lo cierto, lo indudable es que el joven parecía haberse hipnotizado contemplando las ventanas, iluminadas interiormente, del hotel, y no concediendo atención alguna á las lamentaciones de Matraca, cuyo estómago demandaba á gritos algún alimento, ni á las protestas de fidelidad de Cortomontel quien se alejaba ya repitiéndole que lo encontraría siempre en la posada de « Las tres coronas » en la calle del Echaudé. Tampoco se percató de que cansado, sin duda de correr tras las dos monturas que andaban de acá para allá en busca de algo que mascar, su escu-

dero había acabado por alejarse en seguimiento de las bestias y bien decidido á no volver más por aquellos sitios.

Después de todo, ¿qué podían importarle á él tan vulgares exigencias del organismo?

Bernardo sólo tenía ojos y pensamiento para las ventanas del hotel; para aquellas ventanas tras las cuales acababa de encerrarse la señorita de Villanueva-Marsan, Solange, la perla del castillo de Bonaguil.

El joven vivía en un sueño; vivía de amor.

¡Extraña contradicción la de los sentimientos que durante un corto espacio de tiempo habían agitado su alma! Mientras que caminó en seguimiento de la pacífica montura que sostenía sobre sus lomos el doble peso de Matraca y de Cortomontel, habíale sido difícil recordar en absoluto el semblante de la mujer amada, y esto porque la carita risueña de Glorieta, su nueva hermana, habíase obstinado en interponerse entre dicho admirable semblante y el fluido imponderable que determina el recuerdo. En cambio, desde que pusiera los pies en aquella plaza, habíase operado un cambio completo, y la mágica rubicundez de la mudita hubo de transformarse de repente en visión aureolada de negros cabellos.

Cierto que aún persistía el encanto que en el espíritu del joven difundiera poco antes la rubia gitanilla, puesto que, rubia ó morena, la mujer por Bernardo evocada mentalmente tenía siempre la misma forma, parecía conservar iguales rasgos fisonómicos; pero ahora esa forma y esos rasgos fisonómicos eran los de Solange.

El caballero la reconocía perfectamente; aquel casco de ébano que contemplaba con solo cerrar los ojos, era la regia diadema que coronaba la frente de Solange; como de ella era también la nariz, de finas y palpitantes aletas, y los rojos labios que semejaban la breve hendidura de una granada,

Enamorado estaba de veras el valiente caballero. Enamorado como por regla general se cree no estarlo más que una vez en la vida; sólidamente, definitivamente.

¡Solange! ¡Solange! ¡Solange! Bernardo no veía más que ella, no pensaba sino en ella. Posible es que ni aun la presencia de Glorieta hubiera producido en él efecto alguno en los momentos en que le encontramos. Bernardo en efecto sentíase como acorazado contra un nuevo y culpable desfallecimiento. En su fuero interno no temía la celeste mirada de los ojos tiernos de la chiquilla.

Aunque lo mejor debía ser, en su concepto, no evocar ni poco ni mucho el recuerdo de la niña silenciosa, cuya mirada parecía tener voz y voz elocuente como pocas. Además, todas las mujeres de su clase usan filtros peligrosos, nadie lo ignora... Decididamente, lo mejor era no evocar recuerdo tan peligroso.

La casa de las miñonas, á espaldas de Bernardo, había ido adquiriendo gradual animación. Primero, la Pulpa había introducido en el salón de la derecha á dos personajes, uno de los cuales llevaba el rostro cubierto por un antifaz. Luego habíase poblado á su vez el salón de la izquierda, al que llegaron sucesiva-

mente numerosos visitantes, dispuestos al parecer á pasar un rato agradablemente, olvidados de los sinsabores que nos reserva este valle de lágrimas.

Los dos hombres de la derecha hablaban en voz baja, como si murmurasen. En cambio los que ocuparon el salón de la izquierda, ajenos á toda vana preocupación, comenzaron por hablar á gritos y fueron sucesivamente aumentando la bulla que armaban, con sus risas ruidosas, con alegres canciones, con ruido de vasos que se entrechocan, con todo en fin lo que constituye el carácter orgiástico de una reunión de hombres y mujeres dispuestos á divertirse á todo trance.

La visión de las ventanas del hotel, de aquellas ventanas que una tras otra iban quedando sumidas en la obscuridad, interesaba de tal modo á nuestro enamorado caballero, que el ruido de la gresca armada en casa de la Pulpa llegaba hasta él como un confuso mosconeó. Sin embargo, de vez en cuando reprimía un gesto de contrariedad, y ¡cosa extraña! dichas intermitentes contrariedades parecía motivarlas no precisamente las vociferaciones de los alegres pobladores del salón de la izquierda, sino el susurro apenas perceptible de los dos individuos que ocupan el de la derecha.

Es indudable que ciertas leyes de difícil precisión rigen las sensaciones exteriores percibidas durante el sueño; hay durmientes á quienes afecta el ruido, y hay otros á quienes el silencio despierta. Esto le sucedía al caballero, quien dormido mentalmente, veíase despertado no por el estrépito que armaban cerca de él algu-

nos vividores, sino por el silencio en medio al cual dialogaban dos entes desconocidos.

En la fachada del hotel objeto de la muda contemplación de Bernardo de Arma, sólo una ventana seguía alumbrada interiormente.

— ¡ Es la suya! — pensaba el caballero. Y el alma entera asomábase á sus ojos.

Persuadido de que aquella ventana era la del cuarto de Solange, el joven sentía impulsos de lanzarse hacia ella, seguro de ser acogido con placer por la noble joven. Hubo sin embargo de contenerse á tiempo, pensando en el probable escándalo que su temeraria empresa no dejaría de producir, en el improbable caso de que le fuese posible escalar el elevado muro de cerca que protegía el hotel de los Villanueva-Marsan.

Permaneció pues inmóvil en su observatorio, y de ello no hubo en verdad de arrepentirse, pues una circunstancia imprevista le permitió ver y adivinar algo para él muy agradable.

La fachada del hotel hallábase separada del terraplén público por la anchura del patio de honor; y como á tal distancia las ventanas del primer piso no presentaban posibilidad de ser escaladas por los hampones, rateos y maleantes, quienes trabajaban de preferencia en los arrabales, ó bien extramuros, donde el jefe de ronda y sus arqueros se guardaban muy bien de molestarlos, hallábanse desprovistas de cierres de madera. Y como por otra parte la casa había permanecido durante diez años huérfana de la presencia de sus amos, las cortinas y visillos destinados á ocultar á ciertas horas la vida

interior, habían caído vencidos no precisamente por la edad, pero sí por el sol, el polvo y la humedad.

El regreso inopinado de la marquesa y de su hija hizo pues necesaria la instalación de una defensa, sumaria é improvisada, contra las indiscreciones de los transeuntes, y la última de las ventanas iluminada interiormente hallábase protegida por un sencillo velo apresuradamente tendido ante los vidrios.

De pronto, las sienes del caballero se humedecieron, como si el sudor brotase en ellas. Una forma femenina iluminada á contra luz por la llama de una tea, acababa de proyectar distintamente sobre el velo la sombra de su perfil.

No había engañado á Bernardo su corazón. Era aquella, sin género alguno de duda, la elegante silueta de la señorita de Villanueva-Marsan.

Con el tranquilo abandono de quien se cree en la soledad y al abrigo de miradas indiscretas, Solange procedió á los preparativos de su toaleta nocturna. Luego de despojarse de la sobrefalda y del corpiño de elevado cuello y mangas abullonadas, quedó luciendo un airoso zagalejo aballenado; y más dueña de sus movimientos con esta indumentaria que dejaba en libertad sus hermosos hombros, y sus brazos un tanto delgados, iba y venía la joven por la habitación rozando á veces el velo traidor tendido ante los cristales, examinando con cuidado el cuarto para ella desconocido, y pasando en revista los muebles, los cuadros y los tapices que sin duda lo adornaban.

Satisfecha al fin de su inspección, y luego de arro-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

MONTREY, MEXICO

dillarse un momento ante un gran Cristo, cuyo cuerpo de marfil destacaba su color amarillento en la penumbra, enderezóse diligente, y sus hábiles manos atacaron decididas los lazos del corsé.

¡Cómo! Bernardo de Arma, un caballero sin reproche, iba á continuar violando con la mirada los secretos virginales de la elegida de su corazón y sin que ella pudiera ni aun presumirlo? El espectáculo era tentador en extremo, sí; pero para la escrupulosa lealtad del joven, dejarse vencer por tal tentación hubiera sido un acción deshonrosa. De ahí que, imposibilitado como se hallaba de consultar á ese respecto con la dama de sus pensamientos, decidióse el caballero adoptar una resolución heroica. Cerró los ojos.

Pero una vez cerrados, y como quiera que toda la energía de sus facultades anímicas no se hallaba reconcentrada en la mirada que voluntariamente acababa de suprimir, hubo de percatarse, no sin sorpresa, que el sentido del oído, casi atrofiado en él pocos momentos antes por la poderosa tensión del de la vista, se desarrollaba de pronto hasta el punto de hacerse de una sensibilidad casi molesta.

Con efecto: los diferentes ruidos que producía la gente reunida en la casa de las Miñonas, ruidos que llegaban hasta la plaza, habíalos percibido hasta entonces Bernardo como un zumbido imposible de definir. Y he aquí que de pronto, como si un muro acolchonado hubiese desaparecido por arte mágico, aquellos ruidos se precisaban desuniéndose, como se precisa

el sonido de los diferentes instrumentos que componen una orquesta; y esto hasta el punto de que el mancebo se creyó transportado de pronto á la casa misma donde la ruidosa orgía continuaba.

Fué tan grande su sorpresa al realizar esta observación, que sin que él mismo pudiera evitarlo sus párpados se abrieron de nuevo. Instintivamente, y no obstante su firme propósito de no mirar, sus ojos se fijaron en la ventana á cuya vista se substrayeron un momento antes, y Bernardo lanzó hondo suspiro en el que había tanto de satisfacción como de sentimiento. Solange, sin saberlo, había ocupado bien el tiempo de voluntaria ceguera que se impuso su enamorado doncel, y la luz que alumbrara la estancia había desaparecido. Toda la fachada del hotel aparecía sumida por igual en la sombra. Apenas si, mirando bien, era posible adivinar el sitio ocupado por los vanos, en el que la sombra parecía más espesa.

Roto estaba el encanto. Esto no obstante, y aun cuando su estómago comenzaba á mostrarse exigente y con razón, pues el joven llevaba más de doce horas, desde su última parada en Palaiseau, sin probar bocado, convencido de que su escudero con las dos cabalgaduras debía haber encontrado cena y albergue en alguna parte, Bernardo decidió continuar aún durante algún tiempo en aquel su aireado observatorio. Sino que no teniendo ya ninguna cosa interesante que examinar en la fachada del hotel, que parecía dormido, decidió hacer un cuarto de conversión y dar la vuelta á la pilastrá de roble que le serviera hasta entonces de

apoyo, á fin de concentrar toda su atención en la casa de las Miñonas.

Lo poco que hasta sus oídos llegara momentos antes, de la conversación sostenida por los dos individuos que ocupaban el salón de la derecha hubo de despertar su curiosidad haciéndole desear conocer el resto del diálogo. Aproximóse pues, procurando ahogar el ruido de sus pasos, á la ventana que se hallaba más cerca, y pudo observar que, á causa sin duda de la elevada temperatura en el interior de la casa de las Miñonas, la Pulpa, antes de retirarse, había dejado casi entornada la ventana: lo bastante para hacer posible la entrada del aire hasta el interior.

Gracias á esta coincidencia pudo Bernardo examinar á sus anchas á ambos interlocutores y oír lo que decían.

Uno de ellos era pequeño y delgado. Su cara de garduña, de color bilioso, y su nariz aguileña, daban al conjunto de la fisonomía cierto carácter por demás desagradable, haciendo suponer que la falsedad debía ser la característica del tal individuo, quien vestía severo traje negro. Llamábase Gaspar Mouvette, y ocupaba un empleo en la policía del reino, sin embargo de lo cual frecuentaba poco el gran Chatelet, sin duda por hallarse empleado al servicio particular de Catalina de Médicis, servicio que no era en verdad una canongía pues la reina madre gustaba no poco de las empresas temerarias en las que el puñal, el veneno ó el hacha desempeñaban papel importante, bien aislados, ó bien simultáneamente.

Hablemos del otro personaje. Este era mucho más

alto que el primero, recio de cuerpo, que cubría con un traje en el que dominaba el color rojo. También eran rojos sus cabellos, que nacían casi sobre las cejas, dando á la fisonomía innegable aspecto de brutalidad, y la barba, que llevaba pobladísima y descuidada. No obstante la abundancia de rojo sobre la ínnoble persona, esta respondía al nombre extraño de Pielnegra. La casualidad produce á veces esas ironías. Pielnegra era forjador de oficio, aunque es de justicia consignar que ejercíalo de manera harto intermitente, desempeñando con preferencia el de ayudante de atormentador del tribunal del Prevostazgo.

Como suele ocurrir con bastante frecuencia, el canijo Gaspar Mouvette parecía ejercer singular fascinación sobre su corpulento compañero. Su voz fué la que hubo de llamar la atención de Bernardo, cosa que se comprenderá cuando sepamos que dicha voz había pronunciado las siguientes palabras:

— Parece ser que el palomar de enfrente va á despertar al fin de su largo sueño.

— ¿Han obtenido el indulto los Villanueva-Marsan? — preguntó el coloso.

— No tan deprisa, amigo Pielnegra. Por ahora, lo único que hay es que la marquesa y su hija están en el nido, y eso es todo. Has de saber que hay alguien que se interesa por la joven; alguien que ocupa muy elevada posición. Se trata de casarla, y la cosa, que parece tan sencilla, es casi un asunto de estado.

Dolerosa opresión atenazó el corazón de Bernardo de Arma al escuchar estas palabras. Venir desde tan lejos

escoltando á Solange, guardándola preciosamente, para ver cómo se la arrebatában de entre las manos apenas llegado á Paris, parecíale una horrible burla del destino. Cierta que antes de poder obtener la mano de tan noble señorita quedábale mucho por hacer, siendo como era un simple caballero de fortuna; cierto que debía conquistar una posición, un rango, hacerse un nombre; porque aun cuando él sabíase de noble estirpe y tal vez poderoso señor, no le era dado probarlo. Pero por eso mismo hacíase preciso que se le permitiera conquistar su felicidad, dándole para ello el tiempo necesario. Pero ¿tendría fuerzas para acometer tan enorme empresa si apenas llegado faltábale la esperanza de conquistar á Solange? Rensando en ello siguió escuchando con redoblada atención.

— Por lo que respecta á Jacobo de Villanueva-Marsan, — siguió diciendo el hombre de policia — el caso es muy diferente, pero mucho.

— ¿Por qué?

— Porque ése puede tener sus ideas particulares...

Oír hablar del padre de la mujer que amaba era para Bernardo como si hablasen de ella misma. Por eso siguió escuchando, conteniendo la angustia que invadía su alma.

— Ideas particulares... — repitió el forjador intermitente — no comprendo. ¿Qué ideas son esas?

— Figúrate que el hombre encontrase poco de su gusto al pretendiente.

— ¿Pero qué pretendiente es ése?

— ¿Cuál ha de ser? El que destinan á su hija.

— ¡Ah, sí! Es verdad.

— O que pretendiese escoger por sí mismo al que haya de ser su yerno...

— Dificilillo me parece eso.

— ¿Difícil?

— Claro. ¿Cómo va á escoger, estando como está encerrado en Vincennes?

— Puede salir de allí.

— Sí, es verdad; puede salir.

— Y eso precisamente es lo que no queremos: que salga.

El hombrecillo de cabeza de ave de rapiña había bajado la voz para pronunciar estas palabras; pero la energía de su ademán al subrayar la frase se prestaba á tan terrible interpretación, que su interlocutor en el salón, y Bernardo fuera de él, retrocedieron simultáneamente un paso.

— ¡No, no es posible! — pensaba el caballero mientras volvía á colocarse, para escuchar, contra el vano de la ventana. — Sin duda he comprendido mal... ¡Cómo iban á atreverse..! En fin, puesto que me es posible oír cuanto convengan esos dos ganapanes, dejémoslos que se enfrasquen en la conversación... En caso necesario, les echaré mano al pescuezo á última hora...

Grandes carcajadas acompañadas ¡de bravos! resonaron en aquel momento, procedentes del salón de la izquierda.

— ¡Por vida del diablo! — exclamó Bernardo. — ¿Querrá mi mala suerte que esas granujas hagan el juego de estos otros, impidiéndome oír lo que dicen?

Afortunadamente se trataba sólo de una explosión de alegría.

— Me parece que empiezo á comprender, — decía el atormentador, que empezaba asimismo á ponerse de mal humor. — Pero debo advertiros que si se prepara trabajo fuera de lo legal... Nada, que yo sé lo que cuesta eso, y que no hay que contar conmigo. Yo, señor teniente de policía, no trabajo como no se me ordene por escrito.

Bernardo murmuraba en aquel momento :

— Bueno : esa horrible cabeza de pájaro de mal agüero no pertenece á un bandido, puesto que el que la lleva sobre sus hombros sirve en la policía del reino. Por lo visto le he atribuido intenciones que el hombre no tiene...

El polizante continuaba interrogando.

— ¿ Has visto alguna vez de cerca al gran marqués de Villanueva-Marsan, amigo Pielnegra?

— Sí señor : algunas. Por menesteres de mi oficio he de ir dos ó tres veces á la semana al castillo de Vincennes para componer cerraduras, esposas, cadenas y demás. Por eso me han instalado una fragua en el patio de la reserva, en un cobertizo pegado á la torre barragana...

— ¿ No es en esa torre donde está encerrado el marqués?

— Sí : un anciano de hermosa figura.

— ¿ Cómo un anciano? Pues si no ha cumplido aún cuarenta y cinco años...

— Talvez : pero representa muchos más. Después de todo, nada tiene de extraño. Diez añitos á la sombra

son más que suficientes para envejecer á un hombre... Pero sepamos; ¿ es para hablarme del marqués para lo que me habéis hecho venir aquí?

— Te he hecho venir para asegurar tu fortuna, amigo mío; — contestó evasivamente el policía. — ¿ No has deseado nunca nada en tu vida?

— Sí : dejar mis funciones subalternas... ser á mi vez el amo. Más claro ; deseo el puesto de atormentador jurado.

— ¡ Brrr! — gruñó Bernardo con repugnancia. — El individuo del manto rojo es un verdugo. ¡ Inmunda especie la suya!

— ¡ Pues lo obtendrás! — prometió Gaspar Mouvette.

— No tan fácilmente como por lo visto os parece; — objetó el hércules. — Sé que sois poderoso, señor teniente, y no ignoro que frecuentáis altos lugares; pero antes de aceptar vuestros ofrecimientos será preciso que yo sepa...

Dió un paso hacia él el polizante, y lo empujó contra la ventana tras la cual nuestro caballero procuraba disimularse lo mejor posible.

— Pues sabe, bribonazo, — dijo bajando la voz por precaución, bien que inútil, pues se hallaban solos, — sabe que se trata de servir á nuestro hermoso caballero Rolando, duque de Nemours.

Bernardo no pudo oír este nombre por impedirselo los gritos que de nuevo sonaban en el salón vecino; y aun cuando él hubo de maldecir interiormente á los que los proferían, ninguno de los dos interlocutores pareció

preocuparse por el escandaloso ruido que alguien armaba allí cerca de ellos.

Pielnegra había plegado sus labios carnosos como para indicar que el nombre pronunciado por el polizonte no le impresionaba lo más mínimo.

— Se trata — siguió diciendo Mouvette — de hacer el juego de monseñor el canciller de Villequier.

Aquello ya era otra cosa. El policía continuó :

— Y sobre todo, se trata del servicio de la gran Catalina.

Esta vez el hombre del manto rojo se inclinó murmurando con espanto :

— ¡ La gran Catalina ! ¡ La reina madre !

Bernardo por su parte repetía :

— ¡ La reina madre ! ¿ Qué tenebrosos asuntos prepara aún esa mujer ? Los cabellos se ponen de punta en mi cabeza al recordar lo que sé de sus acciones pasadas... Ese polizonte sirve á la italiana... ¡ Malo, malo ! con seguridad no es católico más que de nombre... ¡ Cuerpo de Dios ! Bien hice en continuar aquí... Escuchemos.

En el salón tan bien vigilado por el excaballero de escolta de las señoras de Villanueva-Marsan, iba á llegarse sin duda á una inteligencia entre las personas que en él se encontraban. Catalina de Médicis no se hallaba en efecto acostumbrada á que se discutieran sus órdenes, y aun cuando había perdido no poco de su antiguo prestigio desde el advenimiento al trono de Enrique III su hijo preferido, conservaba aún bastante para hacer trabajar á sus seides y llevar á buen tér-

mino, desde el retiro que ella misma habíase impuesto, sus múltiples y tenebrosos proyectos.

— Señor teniente, — dijo el gigante apoplético, — bien que atormentador por oficio, yo soy un hombre honrado, procedí siempre escrupulosamente en el ejercicio de mis funciones, y nadie puede decir de mí que haya jamás procedido por cuenta propia. Quiere esto decir que si me decido á otros es porque se trata del servicio de la gran Catalina...

— Y del bien del estado, amigo mio; no hay que olvidarlo.

— Y del bien del estado. De modo que podéis hablar. Estoy á vuestras órdenes.

Gaspar Mouvette sonrió.

— Vaya veo que te pones en la razón, y te felicito por ello, — dijo. — Tu resistencia hubiera podido llevarte sencillamente al potro, en el que tú mismo has hecho cantar á más de cuatro de tus numerosos clientes. Más vale que eso no suceda. Conque vamos á ver : ¿ tú sabes manejar un martillo, unas tenazas ó un tridente ? Todos los instrumentos de tu oficio, que tienen nombres atractivos, son igualmente buenos para malabar...

Estremeciéndose Pielnegra, y pareció vacilar sobre sus piernas.

— ¿ Qué es eso, te sientes malo ? — le preguntó el policía.

— Yo no soy un asesino.

— Ya lo sé, y nadie te manda que lo seas. ¡ Asesino ! ¡ Vaya unos calificativos que se te ocurren ! Según tu

modo de discurrir, la gran Catalina debe también ser una asesina puesto que ella es quien manda...

Fuera, en el sobradillo, Bernardo de Arma había palidecido intensamente oyendo las abominaciones que con gran frescura trataban los dos hombres. ¿Quiere esto decir que sentía temor el caballero? De ningún modo. Lo que sentía era cólera, verdadero furor que hacía hervir la sangre en sus venas, le obligaba á contraer los labios, y agitaba su cuerpo todo de nerviosos estremecimientos.

Sin embargo, continuó allí inmóvil, murmurando en voz muy queda mientras sus dedos febriles atormentaban los gavilanes de su espada.

— Quiero saber... quiero saber... y cuando sepa, ¡ ah! cuando sepa, todo habrá acabado para esos dos bandidos... ¿ Pero á quién, ¡ vientre del diablo! á quién quieren matar?

Precisamente en aquel momento formulaba Pielnegra la misma pregunta, dirigiéndose á su interlocutor.

— ¿ A quién hay que quitar de enmedio para complacer al señor duque, satisfacer al señor canciller y servir á la gran Catalina?

— Indiscreto es el amigo; — dijo el polizonte de Catalina de Médicis separando al gigante de la ventana y llevándolo hacia la puerta, sin duda porque el diálogo entre ambos tocaba ya á su fin. Luego continuó :

— El nombre importa poco; terminado el asunto podrás preguntárselo al interesado.

— Decidme al menos á qué clase pertenece...

— A la más elevada. ¿ Crees que de no ser así se ocuparían de él en el hotel de Soissons?

El hotel de Soissons servía de alojamiento á la reina madre, Catalina de Médicis.

— ¿ Qué edad tiene? — insistió el gigante. — Sepa yo al menos lo que hizo para merecer semejante fin.

— Nada de preguntas inútiles, Pielnegra.

— ¿ Ni siquiera podéis decirme cuándo habrá que...

— ¡ Ah! eso sí; mañana al anoecer.

— ¿ Tan pronto? — dijo angustiado Pielnegra.

— Tan tarde, querrás decir. Tú podrás estar, como aseguras, enamorado de tu oficio, pero, la verdad, nadie lo diría. En fin, ve mañana al anoecer, al castillo de Vincennes.

— ¿ Pero es allí?...

— Allí.

Hablando de este modo habían llegado ambos á la puerta, y la mano del enviado de Catalina de Médicis acariciaba ya el picaporte con la mano.

Bernardo, que seguía todos sus movimientos, se encogió disponiéndose á saltar por la ventana dentro de la habitación. Pero el polizonte habló de nuevo.

— Lleva alguien para ayudarte, — dijo. — Pero no vayas á elegir para eso á tus compañeros de oficio, no; toma rufianes ó ladronzuelos, como se te antoje... ¿ No me has dicho que tienes una fragua en el patio? Pues los haces pasar como aprendices tuyos, y los ocultas en el cobertizo.

— Si como me da en la nariz — arguyó el hombr

rojo — la expedición va contra el gran Marqués, debo advertiros que la torre barragana donde lo tienen encerrado, no es que digamos muy fácil de escalar.

— Déjate de observaciones y haz lo que se te ordena.

— ¿Y si nos sorprende la guardia? — objetó Piel-negra.

— No hay cuidado; la guardia tendrá orden de no moverse, suceda lo que quiera. Conque... ¿cuento contigo?

— ¡Sí! — gimió el desgraciado.

— Bueno : lo que tienes que hacer es poca cosa. Si ves que un prisionero trata de evadirse, un prisionero, ¿me oyes bien? sea el que fuere... llamas la guardia. Y como la guardia no acudirá á tu llamamiento, — añadió el policía abriendo la puerta del salón — pues haces lo que la guardia hubiera hecho en caso de acudir... ¡mata!

En este momento volaron hechos añicos los cristales de la ventana, y Bernardo de Arma, terrible, amenazador, se precipitó en el salón gritando :

— ¡Rendios, bandidos, ó podéis daros por muertos!

Pero el salón estaba vacío. Nadie en presencia del caballero. Los miserables habíanse eclipsado. Ciego de furor, Bernardo golpeó la puerta produciendo sus golpes en ella un ruido sordo. Cuantos esfuerzos hizo para abrirla resultaron de todo punto inútiles. La cerradura era de las de secreto.

Desesperado por haberse decidido á intervenir demasiado tarde y por lo estéril de sus tentativas contra la

puerta, el caballero Bernardo tuvo algunos instantes de profundo desaliento.

— ¡Cobardes! — decía mascullando sus palabras. — Quieren arrebatar la vida al marqués de Villanueva-Marsan... Es al padre de Solange á quien se proponen asesinar...

Enderezóse de pronto. En su varonil semblante reflejábbase tan indomable como súbita resolución.

— Habéis olvidado de contar conmigo, señores asesinos; — dijo. — La emboscada es para mañana... Bueno ; pues ¡allá nos veremos todos!